

DON QUIJOTE

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Lecturas por JORGE JUAN RODRIGUEZ



PQ
6323
A7
R63
1958
c.1

MUSIC LP

CONTENTS:

1 LP
1 text (8 p.)

University of Alberta Library



0 1620 0506 6053

DON QUIJOTE

DESCRIPTIVE NOTES ARE INSIDE POCKET

Presentación del Quijote.

Tropiezo con mercaderes.

Aventura de los molinos de viento.

Batalla con los dos ejércitos.

Libertad a los galeotes.

Diálogo entre Sancho y Don Quijote.

Razonamientos sobre la hermosa Dorotea.

Don Quijote y Sancho, y tropiezo con el del Verde Gabán.

Aventura de los leones.

Acogida que les dieron los duques.

De lo que Merlin sugirió.

Fin del gobierno de Sancho Panza.

Vencimiento de Don Quijote.

La cerdosa aventura.

Muerte de Don Quijote.

Library of Congress
Card Catalogue No. R 59-83

© 1959 FOLKWAYS RECORDS & SERVICE Corp.,
701 Seventh Ave., New York City
Distributed by Folkways Scholastic Records,
906 Sylvan Ave., Englewood Cliffs, N.J. 07632



LIBRARY
UNIVERSITY OF ALBERTA

PQ
6323
A7
R63
1958
MUSIC LP

Jorge Juan Rodríguez is a Spanish actor well known in his country and in Spanish America for his numerous broadcasts both for the British Broadcasting Corporation (B.B.C.) and Radio Canada (C.B.C.), also for his stage and film work, poetry readings, documentary film commentaries, etc.

In 1947, the 400th. anniversary of the birth of Cervantes, he had the honour of being chosen to play the part of "Don Quijote" in a serial comprising 27 half hour episodes broadcast in Spanish by the B.B.C. Overseas Service to commemorate that memorable date. Four years later, in 1951, he again signed a contract with the B.B.C. to play the role of Christopher Columbus in the serial "Voyage of Discovery". Both of the above serials were produced by the well known director Angel Ara. They were recorded and distributed to radio stations in Spain and Latin America, and were universally regarded as top B.B.C. productions.

Since 1953, Jorge Juan Rodríguez has been living in Canada where he continues his acting career. He is heard in Spanish America through the facilities of the C.B.C. International Service and transcriptions of plays and poetry in which he has played leading roles are distributed throughout the Spanish speaking world.

Jorge Juan Rodríguez es un artista español bien conocido en su país y en Hispano América por sus innumerables audiciones a través de la B.B.C. de Londres y Radio Canadá, además de por sus actuaciones teatrales y cinematográficas, recitales poéticos, comentarios de películas documentales, etc. En 1947, cuando se celebró el cuarto centenario del nacimiento de Cervantes, le cupo el honor de ser elegido para interpretar el papel de "Don Quijote" en la serie de 27 episodios que la B.B.C. preparó en aquella memorable ocasión. Cuatro años después, en 1951, volvió a firmar un contrato con aquella prestigiosa emisora para encarnar a Cristóbal Colón, en la serie de 23 jornadas "Viaje del Descubrimiento". Ambas obras, bajo la dirección artística del realizador Angel Ara, fueron grabadas en discos y distribuidas por las emisoras del mundo de habla castellana, siendo consideradas como producciones cumbre de la B.B.C. Desde 1953, Jorge Juan Rodríguez reside en la Canadá, donde continúa su carrera artística. A través de las facilidades ofrecidas por el Servicio Internacional de Radio Canadá, puede oírsele continuamente en obras dramáticas y poéticas grabadas en discos.

FOLKWAYS RECORDS Album No. FL 9930

© 1958 Folkways Records and Service Corp.

701 Seventh Ave., NYC USA

PRIMERA PARTE DEL INGENIOSO hidalgo don Quijote de la Mancha.

Capítulo Primero. Que trata de la condición, y ejercicio del famoso hidalgo don Quijote de la Mancha.



N Va lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocin flaco, y galgo corredor. Una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los Sabados, lentejas los Viernes, algun palomino de añadidura los Domingos: confusian las tres partes de su hacienda. El resto della concluian, fayo de velar, calças de velludo para las fiestas, con sus pantufos de

CARA I

Corte 1.

Presentación del Quijote.

Corte 2.

Del tropiezo de nuestro caballero con cierto grupo de mercaderes toledanos, a quienes quiso hacer confesar que no había en el mundo doncella más hermosa que Dulcinea del Toboso.

Corte 3.

Parte de la famosa aventura de los molinos de viento.

Corte 4.

De lo ocurrido a Don Quijote en la descomunal batalla con los dos ejércitos.

Corte 5.

De la libertad que dió Don Quijote a muchos desdichados que mal de su grado los llevaban donde no quisieran ir.

Corte 6.

Dialogo entre Sancho y Don Quijote sobre la imitación que este hizo a la penitencia de Beltenebros.

Corte 7.

Explicación de lo ocurrido con los galeotes, y razonamientos de Sancho y Don Quijote sobre la hermosa Dorotea.

Corte 8.

Corto pasaje entre Don Quijote y Sancho, y tropiezo que tuvieron con el del Verde Gabán.

CARA II

Corte 1.

Parte de la felizmente acabada aventura de los leones.

Corte 2.

Acogida que les dieron los duques en su castillo a Don Quijote y Sancho, donde sucedieron muchas y grandes cosas.

Corte 3.

De lo que Merlin sugirió que hiciese Sancho para desencantar a Dulcinea.

Corte 4.

Donde se habla del fatigado fin y remate que tuvo el gobierno de Sancho Panza.

Corte 5.

Vencimiento de Don Quijote por el caballero de la Blanca Luna.

Corte 6.

De la cerdosa aventura que le aconteció a Don Quijote.

Corte 7.

Razonamientos de Don Quijote antes de su muerte.

"THIS MAN YOU SEE HERE, WITH THE FACE OF AN EAGLE, BROWN HAIR, FOREHEAD SMOOTH AND BROAD, WITH LIVELY EYES AND A NOSE HOOKED, THOUGH WELL PROPORTIONED; A SILVER BEARD, THAT LESS THAN TWENTY YEARS AGO WAS GOLD, A BIG MOUSTACHE, A SMALL MOUTH, FEW TEETH, FOR ONLY SIX ARE LEFT, THESE ROTTEN AND WORSE PLACED AS NOT ONE MATCHES ANOTHER; THE BODY BETWEEN TWO EXTREMES NEITHER LARGE NOR SMALL, A LIVELY COMPLEXION, MORE WHITE THAN BROWN, SOMEWHAT ROUND SHOULDERED, NOT VERY FLEET OF FOOT: THIS, I SAY, IS THE APPEARANCE OF THE AUTHOR OF "GALATEA" AND "DON QUIJOTE DE LA MANCHA", AND OF THE MAN WHO WROTE "VIAJE DEL PARNASO"... , COMMONLY KNOWN AS MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA."

This is how the immortal man who created the famous Spanish novel "The Ingenious Gentleman Don Quixote of la Mancha" described himself.

Miguel de Cervantes Saavedra was born in October 1547, the exact day being unknown, in Alcalá de Henares, and his bitter existence on this earth came to an end on the 23rd. of April 1616, the date when, by a strange coincidence the great English bard William Shakespeare also died.

"Don Quijote de la Mancha" is one of the most famous books of all time and all countries. It has been translated into more than forty of the languages and dialects of Europe, Africa and Asia and millions of people of all races and creeds have read of, or known of the adventures of that celebrated gentleman Don Quijote. He is a character who has become part of history and who's memory survives with as much right as that of other people who really lived and died:

Don Quijote and Sancho Panza are without doubt two of the most vivid, real and lusty personalities ever created by a writer. These two extraordinary characters, more full of life than the vast majority of flesh and blood humanity, walk the earth, one with his madness the other his simplicity, taking children by the hand and introducing them to their famous adventures, and reminding adults of lessons learned when young.

J.J.R.

"ESTE QUE VEIS AQUI, DE ROSTRO AGUILLEÑO, DE CABELLO CASTAÑO, FRENTE LISA Y DESEMBARAZADA, DE ALEGRES OJOS Y DE NARIZ CORVA, AUNQUE BIEN PROPORCIONADA; LAS BARBAS DE PLATA, QUE NO HA VEINTE AÑOS FUERON DE ORO, LOS BIGOTES GRANDES, LA BOCA PEQUEÑA, LOS DIENTES NO CRECIDOS, PORQUE NO TIENE SINO SEIS, Y ESOS MAL ACONDICIONADOS Y PEOR PUESTOS, PORQUE NO TIENEN CORRESPONDENCIA LOS UNOS CON LOS OTROS; EL CUERPO ENTRE DOS EXTREMOS, NI GRANDE NI PEQUEÑO, LA COLOR VIVA, ANTES BLANCA QUE MORENA, ALGO CARGADO DE ESPALDAS Y NO MUY LIGERO DE PIES: ESTE, DIGO, QUE ES EL ROSTRO DEL AUTOR DE "GALATEA" Y "DON QUIJOTE DE LA MANCHA", Y DEL QUE HIZO EL "VIAJE DEL PARNASO"... , LLAMASE COMUNMENTE MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA."

Así se describió a sí mismo, el hombre inmortal que creó la famosa novela española: "El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha".

Miguel de Cervantes Saavedra, nació en un desconocido día de octubre de 1547 en Alcalá de Henares, y terminó su amarga existencia el 23 de abril de 1616, fecha en que, por extraña coincidencia, falleció también el bardo inglés William Shakespeare.

Don Quijote de la Mancha, es la obra literaria que más boga ha alcanzado en todos los tiempos y países. Ha sido traducida a más de cuarenta idiomas y dialectos de Europa, Africa y Oceanía. Millones de seres, de todas las razas y credos, han leído o conocen, las aventuras del celebrado hidalgo Don Quijote, personaje que ha quedado incorporado a la historia, y que en ella sobrevive con el mismo derecho que otros personajes que realmente vivieron y murieron. Don Quijote y Sancho Panza, son, sin lugar a dudas, dos personajes de los más vivos, más reales y más vigorosos, que siguen influyendo en nuestra existencia. Las dos extraordinarias figuras de Don Quijote y Sancho Panza, mucho más vivas que la mayor parte de los seres de carne y hueso, andan por el mundo: el uno con su locura, el otro con su simplicidad, llevando de la mano a los niños en sus famosas aventuras, y recordando a mayores las lecciones que aprendieron cuando pequeños.

J.J.R.

CARA I

Corte 1.

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

por

Miguel de Cervantes Saavedra.

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín y galgo corredor. Una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lentejas los viernes, y algún palomino de añadidura los domingos, consumían las tres partes de su hacienda. El resto della concluían sayo de velarte, calzas de velludo para las fiestas con sus pantuflos de lo mismo, y los días de entre semana se honraba con su vellorí de lo más fino. Tenía en su casa un ama que pasaba de los cuarenta, y una sobrina que no llegaba a los veinte, y un mozo de campo y plaza, que así ensillaba el rocín como tomaba la podadera. Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años: era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza. Quieren decir que tenía el sobrenombre de Quijada o Quesada (que en esto hay alguna diferencia en los autores que deste caso escriben), aunque por conjeturas verosímiles se deja entender que se llamaba Quijana. Pero esto importa poco a nuestro cuento; basta que en la narración dél no se salga un punto de la verdad.

En efecto, rematado ya su juicio, vino a dar en el más extraño pensamiento que jamás dio loco en el mundo, y fué que le pareció conveniente y necesario, así para el aumento de su honra, como para el servicio de su república, hacerse caballero andante, y irse por todo el mundo con sus armas y caballo a buscar aventuras, y a ejercitarse en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravio, y poniéndose en ocasiones y peligros, donde acabándolos, cobrase eterno nombre y fama. Imaginábase el pobre ya coronado, por el valor de su brazo, por lo menos del imperio de Trapisonda, y así, con estos tan agradables pensamientos, llevado del extraño gusto que en ellos sentía, se dió prisa a poner en efecto lo que deseaba.

"¡Dichosa edad, y siglo dichoso aquél, adonde saldrán a luz las famosas hazañas mías, dignas de entallarse en bronce, esculpirse en mármoles y pintarse en tablas, para memoria en lo futuro! ¡Oh tú, sabio encantador, quienquiera que seas, a quien ha de tocar el ser cronista desta peregrina historia! ruégote que no te olvides de mi buen Rocinante, compañero eterno mío en todos mis caminos y carreras."

Luego volvía diciendo, como si verdaderamente fuera enamorado: "¡Oh princesa Dulcinea, señora deste cautivo corazón! mucho agravio me habedes fecho en despedirme y reprocharme con el riguroso afincamiento de mandarme no parecer ante la vuestra ferrosura. Plégaos, señor, de membraros deste vuestro sujeto corazón, que tantas cuitas por vuestro amor padece".

Corte 2.

-- Señor caballero, nosotros no conocemos quién sea esa buena señora que decís: mostrádnosla; que si ella fuere de tanta hermosura como significáis, de buena gana y sin apremio alguno confesaremos la verdad que por parte vuestra nos es pedida.

-- Si os la mostrara -- replicó don Quijote -- qué hiciérades vosotros en confesar una verdad tan notoria? La importancia está en que sin verla lo habéis de creer, confesar, afirmar, jurar y defender; donde no, conmigo sois en batalla, gente descomunal y soberbia; que ahora vengáis uno a uno, como pide la Orden de caballería, ora todos juntos, como es costumbre y mala usanza de los de vuestra ralea, aquí os aguardo y espero, confiado en la razón que de mi parte tengo.

Corte 3.

En esto descubrieron treinta o cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo; y así como don Quijote los vió, dijo a su escudero:

-- La ventura va guiando vuestras cosas mejor de lo que acertáramos a desear; porque ves allí, amigo Sancho Panzo, dónde se descubren treinta o pocos más desaforados gigantes, con quien pienso hacer batalla y quitarles a todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos a enriquecer; que ésta es buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra.

-- Qué gigantes? -- dijo Sancho Panzo.

-- Aquellos que allí ves -- respondió su amo -- de los brazos largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas.

-- Mire vuestra merced -- que aquellos que allí se parecen, no son gigantes, sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos son las aspas, que, volteadas del viento, hacen andar la piedra del molino.

-- Bien parece -- respondió don Quijote -- que no estás cursado en esto de las aventuras; ellos son gigantes, y si tienes miedo, quítate de ahí y ponte en oración en el espacio que yo voy a entrar con ellos en fiera y desigual batalla!

Y diciendo esto, dió de espuelas a su caballo Rocinante, sin atender a las voces que su escudero Sancho le daba, advirtiéndole que sin duda alguna eran molinos de viento, y no gigantes, aquellos que iba a acometer. Pero él iba tan puesto en que eran gigantes, que ni oía las voces de su escudero Sancho, ni echaba de ver, aunque estaba ya bien cerca, lo que eran; antes iba diciendo en voces altas:

-- Non fuyades, cobardes y viles criaturas; que un solo caballero es el que os acomete.

Levantóse en esto un poco de viento, y las grandes aspas comenzaron a moverse, lo cual visto por don Quijote, dijo:

-- Pues aunque mováis más brazos que los del gigante Briareo, me lo habéis de pagar.

Y en diciendo esto, y encomendándose de todo corazón a su señora Dulcinea, pidiéndole que en tal trance le socorriese, bien cubierto de su rodela, con la lanza en el ristre, arremetió a todo el galope de Rocinante, y embistió con el primero molino que estaba delante; y dándole una lanzada en el aspa, la volvió el viento con tanta furia, que hizo la lanza pedazos, llevándose tras sí al caballo y al caballero, que fué rodando muy maltrecho por el campo. Acudió Sancho Panza a socorrerle a todo el correr de su asno, y cuando llegó, halló que no se podía menear; tal fué el golpe que dio con él Rocinante.

-- ¡Válame Dios! -- dijo Sancho --: no le dije yo a vuestra merced que mirase bien lo que hacía, que no eran sino molinos de viento, y no lo podía ignorar sino quien llevase otros tales en la cabeza?

-- Calla, amigo Sancho -- respondió don Quijote --, que las cosas de la guerra, más que otras están sujetas a continua mudanza; cuanto más que yo pienso, y es así verdad, que aquel sabio Frestón, que me robó el aposento y los libros, ha vuelto estos gigantes en molinos por quitarme la gloria de su vencimiento: tal es la enemistad que me tiene; mas al cabo, al cabo han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada.

-- Dios lo haga como puede -- respondió Sancho Panza --; y ayudándole a levantar, tornó a subir sobre Rocinante, que medio despaldado estaba.

Corte 4.

Estaba Sancho Panza colgado de sus palabras sin hablar ninguna, y de cuando en cuando volvía la cabeza a ver si veía los caballeros y gigantes que su amo nombraba, y como no descubría a ninguno, le dijo:

-- Señor, encomiendo al diablo, hombre, ni gigante ni caballero de, cuantos vuestra merced dice, parece por todo esto; a lo menos yo no los veo; quizá todo debe ser encantamento, como los fantasmas de anoche.

-- Cómo dices eso? -- respondió don Quijote --, no oyes el relinchar de los caballos, el tocar de los clarines, el ruido de los atambores?

-- No oigo otra cosa -- respondió Sancho --, sino muchos balidos de ovejas y carneros --; y así era la verdad, porque ya llegaban cerca los dos rebaños.

--- El miedo que tienes -- dijo don Quijote -- te hace, Sancho, que ni veas ni oyas a derechas. Porque uno de los efectos del miedo es turbar los sentidos y hacer que las cosas no parezcan lo que son; y si es que tanto temes, retírate a una parte y déjame solo, que solo basto a dar victoria a la parte a quien yo diere mi ayuda!; y diciendo esto puso las espuelas a Rocinante, y puesta la lanza en el ristre, bajó de la costezuela como un rayo. Dióle voces Sancho diciéndole:

-- Vuélvase vuestra merced, señor don Quijote, que ¡voto a Dios, que son carneros y ovejas las que va a embestir! Vuélvase, ¡desdichado del padre que me engendró! Qué locura es ésta? Mire que no hay gigante, ni caballero alguno, ni gatos, ni armas, ni escudos partidos ni enteros, ni veros azules ni endiablados: qué es lo que hace? pecador soy yo a Dios.

Ni por ésas volvió don Quijote, antes en altas voces iba diciendo:

-- Ea, caballeros, los que seguís y militáis debajo de las banderas del valeroso emperador Pentapolín del arremangado brazo, seguidme todos, veréis cuán fácilmente le doy venganza de su enemigo Alifanfarón de la Trapobana.!

Esto diciendo, se entro por medio del escuadrón de las ovejas, y comenzó de alanceallas con tanto coraje y denuedo, como si de veras alanceara a sus mortales enemigos. Los pastores y ganaderos que con la manada venían, dábanle voces que no hiciese aquello; pero, viendo que no aprovechaban, desciféronse las hondas y comenzaron a saludarle las oídos con piedras como el puño. Don Quijote no se curaba de las piedras, antes discurrendo a todas partes, decía: "¿Adónde estás, soberbio Alifanfarón? Vente a mí, que un caballero solo soy, que desea de solo a solo probar tus fuerzas, y quitarte la vida en pena de la que das al valeroso Pentapolín Garamanta". Llegó en esto una peladilla de arroyo, y dándole en un lado, le sepultó dos costillas en el cuerpo. Viéndose tan maltrecho, creyó sin duda que estaba muerto o mal ferido, y acordándose de su licor, sacó su alcuza y púosela a la boca, y comenzó a echar licor en el estómago; mas antes que acabase de envasar lo que a él le paracía que era bastante, llegó otra almendra, y dióle en la mano y en la alcuza tan de lleno, que se la hizo pedazos, llevándole de camino tres o cuatro dientes y muelas de la boca, y machucándole malamente dos dedos de la mano. Tal fué el golpe primero, y tal el segundo, que le fué forzoso al pobre caballero dar consigo del caballo abajo. Llegáronse a él los pastores y creyeron que le habían muerto. Y así con mucha priesa recogieron su ganado, y cargaron de las reses muertas, que pasaban de siete, y sin averiguar otra cosa se fueron. Estábase todo este tiempo Sancho sobre la cuesta mirando las locuras que su amo hacía, y arrancábase las barbas, maldiciendo la hora y el punto en que la fortuna se le había dado a conocer. Viéndole, pues, caído en el suelo, y que ya los pastores se habían ido, bajó de la cuesta, y llegóse a él, y hallólo de muy mal arte, aunque no había perdido el sentido, y dijole:

-- No le decía yo, señor don Quijote, que se volviese, que los que iba a acometer no eran ejércitos, sino manadas de carneros?

Corte 5.

Volviéndose a todos los de la cadena, dijo:

-- De todo cuanto me habéis dicho, hermanos carísimos, he sacado en limpio, que aunque os han castigado por vuestras culpas, las penas que vais a padecer no os dan mucho gusto, y que vais a ellas muy de mala gana, y muy contra vuestra voluntad, y que podría ser que el poco ánimo que aquel tuvo en el tormento, la falta de dineros deste, el poco favor del otro, y finalmente el torcido juicio del juez, hubiese sido causa de vuestra perdición, y de no haber salido con la justicia que de vuestra parte teníades: todo lo cual se me representa a mí ahora en la memoria, de manera que me está diciendo, persuadiendo y aun forzando que muestre con vosotros el efeto para que el cielo me arrojó al mundo, y me hizo profesar en él Orden de caballería que profeso, y el voto que en ella hice de favorecer a los menesterosos y oprimidos de los mayores.

-- Váyase vuestra merced, señor, norabuena su camino adelante, y enderécese ese bacín que trae en la cabeza, y no ande buscando tres pies al gato.

-- Vos sois el gato, y el rato y el bellaco -- respondió don Quijote.

Y diciendo y haciendo, arremetió con él tan presto, que sin que tuviese lugar de ponerse en defensa, dió con él en el suelo mal herido de una lanzada; y avínole bien, que éste era el de la escopeta.

-- De gente bien nacida es agradecer los beneficios que reciben: y uno de los pecados que más a Dios ofende, es la ingratitud. Dígolo, porque ya habéis visto, señores, con manifiesta experiencia, el que de mí habéis recibido; en pago del cual querría, y es mi voluntad, que carados desa cadena que quité de vuestros cuellos, luego os pongáis en camino y vais a la ciudad del Toboso, y allí os presentéis ante la señora Dulcinea del Toboso, y le digáis que su caballero, el de la Triste Figura, se le envía a encomendar, y le contéis punto por punto todos los que ha tenido esta famosa aventura, hasta ponerlos en la deseada libertad; y hecho esto, os podréis ir donde quisierades a la buena ventura.

Respondió por todos Ginés de Pasamonte, y dijo:

-- Lo que vuestra merced nos manda, señor y libertador nuestro, es imposible de toda imposibilidad cumplirlo, porque no podemos ir juntos por los caminos, sino solo y divididos y cada uno por su parte, procurando meterse en las entrañas de la tierra, por no hallado de la Santa Hermandad, que sin duda alguna ha de salir en nuestra busca.

-- Pues voto a tal -- dijo don Quijote (ya puesto en cólera) --, don hijo de la puta, don Ginesillo de Paropillo, o como os llaméis, que habéis de ir vos solo, rabo entre piernas, con toda la cadena a cuestas!

Pasamonte, que no era nada bien sufrido (estando ya enterado que don Quijote no era muy cuerdo, pues tal disparate había cometido, como el de querer darles libertad), viéndos tratar de aquella manera, hizo ojo a los compañeros, y apartándose aparte, comenzaron a llover tantas piedras sobre don Quijote, que no se daba manos a cubrirse con la rodela, y el pobre Rocinante no hacía más caso de la espuela que si fuera hecho de bronce.

Corte 6.

-- Paréceme a mí -- dijo Sancho -- que los caballeros que lo tal hicieron fueron provocados y tuvieron causa para hacer esas necedades y penitencias; pero vuestra merced ¿qué causa tiene para volverse loco? ¿Qué dama le ha desdeñado, o qué señales ha hallado que le den a entender que la señora Dulcinea del Toboso ha hecho alguna niñería con moro o cristiano?

-- Ahí está el punto -- respondió don Quijote --, y ésa es la fineza de mi negocio: que volverse loco un caballero andante con causa, ni grado ni gracias; el toque está en desatinar sin ocasión y dar a entender a mi dama, que si en seco hago esto, qué hiciera en mojado.

Corte 7.

No hubo bien acabado el cura, cuando Sancho dijo:

-- Puse mía fe, señor licenciado, el que hizo esa fazaña fué mi amo, y no porque yo no le dije antes y le avisé que mirase lo que hacía, y que era pecado darles libertad, porque todos iban allí por grandísimos bellacos.

-- Majadero -- dijo a esta sazón don Quijote --, a los caballeros andantes no les toca ni atañe averiguar si los afligidos, encadenados y oprimidos encuentran por los caminos, van de aquella manera o estan en aquella angustia por sus culpas o por sus gracias; sólo les toca ayudarles como a menesterosos, poniendo los ojos en sus penas y no en sus bellaquerías. Yo topé un rosario y sarta de gente mohina y desdichada, y hice con ellos lo que mi religión me pide, y lo demás allá se avenga; y a quien mal le ha parecido, salvo la santa dignidad del señor licenciado y su honrada persona, digo que sabe poco de achaque de caballería, y que miente como un hideputa y mal nacido, yesto le haré conocer con mi espada, donde más largamente se contiene.

Y esto dijo afirmándose en los estribos y calándose el morrión, porque la bacía de barbero, que a su cuenta era el yelmo de Mambrino, llevaba colgada del arzón delantero hasta adobarla del mal tratamiento que la hicieron los galeotes.

Parecióle tan mal a Sancho lo que últimamente su amo dijo acerca de no querer casarse, que con grande enojo, alzando la voz, dijo:

-- Voto a mí, y juro a mí, que no tiene vuestra merced, señor don Quijote, cabal juicio: pues cómo, ¿es posible que pone vuestra merced en duda el casarse con tan alta princesa como aquesta? ¿Piensa que le ha de ofrecer la fortuna tras cada cantillo semejante ventura como la que ahora se le ofrece? ¿Es por dicha más hermosa mi señora Dulcinea? No por cierto, ni aun con la mitad; y aun estoy por decir que no llega a su zapato de la que está delante. Así, noramala alcanzaré yo el condado que espero, si vuestra merced se anda a pedir cotufas en el golfo: cásese, cásese luego, encomiéndole yo a Satanás, y tome ese reino que se le viene a las manos de vobis, vobis, y en siendo rey, hágame marqués o adelantado, y luego siquiera se lo lleve el diablo todo.

Don Quijote, que tales blasfemias oyó decir contra su señora Dulcinea, no lo pudo sufrir, y alzando el lanzón, sin hallarle palabra a Sancho y sin decirle esta boca es mía, le dió tales dos palos, que dió con él en tierra: y si no fuera porque Dorotea le dió voces que no le diera más, sin duda le quitara allí la vida.

-- ¿Pensáis -- le dijo a cabo de rato --, villano ruin, que ha de haber lugar siempre para ponerme la mano en la horcajadura, y que todo ha de ser errar vos y perdonaros yo? Pues no lo penséis, bellaco descomulgado, que sin duda lo estás, pues has puesto lengua en la sin par Dulcinea. ¿Y no sabéis vos, gañan, faquín, belitre, que si no fuese por el valor que ella infunde en mi brazo, que no le tendría yopara matar una pulga? Decid, socarrón de lengua viperina, ¿y quién pensáis que ha ganado este reino y cortado la cabeza a este gigante, y héchoos a vos marqués (que todo esto doy ya por hecho y por cosa pasada en cosa juzgada), si no es el valor de Dulcinea, tomando a mi brazo por instrumento de sus hazañas? Ella pelea en mí y vence en mí, y yo vivo y respiro en ella, y tengo vida y ser. ¡Oh hideputa bellaco, y cómo sois desagradecido, que os veis levantado del polvo de la tierra a ser señor de título, y correspondéis a tan buena obra con decir mal de quien os la hizo!

No estaba tan maltrecho Sancho, que no oyese todo cuanto su amo le decía, y levantándose con un poco de presteza, se fué a poner detrás del palafrén de Dorotea, y desde allí dijo a su amo:

-- Dígame, señor, si vuestra merced tiene determinado de no casarse con esta gran princesa, claro está que no será el reino suyo, y no siéndolo, ¿qué mercedes me puede hacer? Esto es de lo que yo me quejo; cásese vuestra merced una por una con esta reina, ahora que la tenemos aquí como llovida del cielo, y después puede volverse con mi señora Dulcinea; que reyes debe de haber habido en el mundo que hayan sido amancebados.

Corte 8.

-- Para prueba de lo cual ya sabes, ¡oh Sancho! por experiencia que no te dejará mentir ni engañar, cuán fácil sea a los encantadores mudar unos rostros en otros, haciendo de lo hermoso feo y de lo feo hermoso, pues no ha dos días que viste por tus mismos ojos la hermosura y gallardía de la sin par Dulcinea en toda su entereza y natural conformidad, y yo la vi en la fealdad y bajeza de una zafia labradora con cataratas en los ojos y con mal olor en la boca; y más que el perverso encantador que se atrevió a hacer una transformación tan mala, no es mucho que haya hecho la de Sansón Carrasco y la de tu compadre, por quitarme la gloria del vencimiento de las manos. Pero, con todo esto, me consuelo, porque, en fin, en cualquiera figura que haya sido, he quedado vencedor de mi enemigo.

-- Dios sabe la verdad de todo -- respondió Sancho; y como él sabía que la transformación de Dulcinea había sido traza y embeleco suyo, no le satisfacían las quimeras de su amo; pero no le quiso replicar por no decir alguna palabra que descubriese su embuste.

(Transición)

-- Esta figura que vuesa merced en mí ha visto, por ser tan nueva y tan fuera de las que comúnmente se usan, no me maravillaría yo de que le hubiese maravillado; pero dejaré vuesa merced de estarlo cuando le diga, como le digo, que soy caballero destos que dicen las gentes que a sus aventuras van. Salí de mi patria, empeñé mi hacienda, dejé mi regalo y entreguéme en los brazos de la fortuna, que me llevasen donde más fuese servida. Quise resucitar la ya muerta andante caballería, y ha muchos días que tropezando aquí, cayendo allí, despenandome acá y levantándome acullá, he cumplido gran parte de mi deseo, socorriendo viudas, amparando doncellas, y favoreciendo casadas, huérfanos y pupilos, propio y natural oficio de caballeros andantes; y así, por mis valerosas, muchas y cristianas hazañas, he merecido andar ya en estampa en casi todas o las más naciones del mundo. Treinta mil volúmenes se han impreso de mi historia, y lleva camino de imprimirse treinta mil veces de millares si el cielo no lo remedia. Finalmente, por encerrarlo todo en breves palabras, ó en una sola, digo que yo soy don Quijote de la Mancha, por otro nombre llamado "el Caballero de la Triste Figura"; y puesto que las propias alabanzas envilecen, esme forzoso decir yo tal vez las mías, y esto se entiende cuando no se halla presente quien las diga; así que, señor gentil hombre, ni este caballo, esta lanza, ni este escudo, ni escudero, ni todas juntas estas armas, ni la amarillez de mi rostro, ni mi atenuada flaqueza, os podrá admirar de aquí adelante, habiendo ya sabido quién soy y la profesión que hago.

Don Quijote le rogó que le dijese quién era, pues él le había dado parte de su condición y de su vida. A lo respondió el del Verde Gabán:

--- Yo, señor caballero de la Triste Figura, soy un hidalgo, natural de un lugar, donde iremos a comer hoy, si Dios fuese servido. Soy más que medianamente rico, y es mi nombre don Diego de Miranda; paso la vida con mi mujer y con mis hijos y con mis amigos; mis ejercicios son el de la caza y pesca; pero no mantengo ni halcón ni galgos, sino algún perdigón manso o algún hurón atrevido. Tengo hasta seis docenas de libros, cuáles de romance y cuales de latín; de historia algunos, y de devoción otros: los de caballería aun no han entrado por los umbrales de mis puertas. Hojeo más los que son profanos que los devotos, como sean de honesto entretenimiento, que deleiten con el lenguaje y admiren y suspendan con la invención, puesto que destos hay muy pocos en España. Alguna vez como con mis vecinos y amigos, y muchas veces los convido; son mis convites limpios y aseados, y no nada escasos; ni gusto de murmurar, ni consiento que delante de mí se murmure; no escudriño las vidas ajenas, ni soy lince de los hachos de los otros; oigo misa cada día; reparto de mis bienes con los pobres, sin hacer alarde de las buenas obras por no dar entrada en mi corazón a la hipocresía y vanagloria, enemigos que blandamente se apoderan del corazón más recatado; procuro poner en paz los que sé que están desavenidos; soy devoto de Nuestra Señora, y confío siempre en la

misericordia infinita de Dios nuestro Señor.

Atentísimo estuvo Sancho a la relación de la vida y entretenimientos del hidalgo; y pareciéndole buena y santa, y que quien la hacía debía de hacer milagros, se arrojó del rucio, y con gran priesa la fué a asir del estribo derecho, y con devoto corazón y casi lágrimas, le besó los pies una y muchas veces. Visto lo cual por el hidalgo, le preguntó:

-- ¿Qué hacéis, hermano? ¿Qué besos son éstos?

-- Déjenme besar -- respondió Sancho --, porque me parece vuesa merced el primer santo a la gineta que he visto en todos los días de mi vida.

-- No soy santo -- respondió el hidalgo --, sino gran pecador; vos sí, hermano, que debéis de ser bueno, como vuesa simplicidad lo muestra.

CARA II

Corte 1.

A lo que dijo don Quijote, sonriéndose un poco:

-- ¿Leoncitos a mí? ¿A mí leoncitos, y a tales horas? Pues por Dios que han de ver esos señores que acá los envían, si soy yo hombre que se espanta de leones. Apeaos, buen hombre, y pues sois el leonero, abrid esas jaulas y echadme esas bestias fuera; que en mitad desta campana les daré a conocer quién es don Quijote de la Mancha, a despecho y pesar de los encantadores que a mí los envían.

-- Señor caballero, los caballeros andantes han acometer las aventuras que prometen esperanzas de salir bien dellas, y no aquellas que de todo en todo la quitan; porque la valentía que se entra en la jurisdicción de la temeridad, más tiene de locura que de fortaleza. Quanto más que estos leones no vienen contra vuesa merced, ni lo sueñan: van presentados a Su Majestad, y no será bien detenerlos ni impedirles su viaje.

-- Váyase vuesa merced, señor hidalgo -- respondió don Quijote --, a entender con su perdigón manso y con su hurón atrevido, y deje a cada uno hacer su oficio. Este es el mío y yo sé si vienen a mí o no estos señores leones. -- Y volviéndose al leonero, le dijo: Voto a tal, don bellaco, que si no abris luego luego las jaulas, que con esta lanza os he de coser con el carro!

El carretero, que vio la determinación de aquella armada fantasma, le dijo:

-- Señor mío, vuesa merced sea servido por caridad dejarme desuncir las mulas, y ponerme en salvo con ellas antes que se desenvainen los leones, porque si me las matan quedaré rematado para toda mi vida; que no tengo otra hacienda sino este carro y estas mulas.

-- ¡Oh, hombre de poca fe! -- respondió don Quijote --. ¡Apéate y desunce, y haz lo que quisieres; que presto verás que trabajaste en vano, y que pudieras ahorrar desta diligencia.

Y es de saber, que llegando a este paso el autor desta verdadera historia, exclama y dice: ¡Oh fuerte y sobre todo encarecimiento animoso don Quijote de la Mancha, espejo donde se pueden mirar todos los valientes del mundo, segundo y nuevo don Manuel de Leon, que fué gloria y honra de los españoles caballeros! ¿Con qué palabras contaré esta tan espantosa hazaña, o con qué razones la haré creíble a los siglos venideros, o qué alabanzas habrá que no te convengan y cuadren, aunque sean hipérbolas sobre todos los hipérbolas? Tú a pie, tú solo, tú intrépido, tu magnánimo, con sola una espada, y no de del perrillo cortadoras; con un escudo, no de muy luciente y limpio acero, estás aguardando y atendiendo los dos más fieros leones que jamás criaron las africanas selvas. Tus mismos hechos sean los que te alaben, valeroso manchego, que yo los dejo aquí en su punto por faltarme palabras con que encarecerlos. Aquí cesó la referida exclamación del autor, y pasó adelante, anudando el hilo de la historia diciendo:

Que visto el leonero ya puesto en postura a don Quijote, y que no podía dejar de soltar al león macho, so pena de caer en la desgracia del indignado y atrevido caballero, abrió de par en par la primera

jaula, donde estaba, como se ha dicho, el león, el cual pareció de grandeza extraordinaria y de espantable y fea catadura. Lo primero que hizo fué revolverse en la jaula donde venía echado, y tender la garra, y desperazarse todo; abrió luego la boca y bostezó muy despacio, y con casi dos palmos de lengua que sacó fuera, se despolvoreo los ojos y se lavó el rostro; hecho esto, sacó la cabeza fuera de la jaula, y miró a todas partes con los ojos hechos brasas, vista y además para poner espanto a la misma temeridad. Sólo don Quijote lo miraba atentamente, deseando que saltase ya del carro y viniese con él a las manos, entre las cuales pensaba hacerle pedazos.

Hasta aquí llegó el extremo se su jamás vista locura. Pero el generoso león, más comedido que arrogante, no haciendo caso de niñerías ni de bravatas, después de haber mirado a una y otra parte, como se ha dicho, volvió las espaldas y enseñó sus traseras partes a don Quijote, y con gran flema y remanso se volvió a echar en la jaula.

Corte 2.

La duquesa y el duque salieron a la puerta de la sala a recibirle, y con ellos un grave eclesiástico, destos que gobiernan las casas de los príncipes; destos, que, cómo no nacen príncipes, no aciertan a enseñar como lo han de ser los que lo son; destos que quieren que la grandeza de los grandes se mida con la estrechez de sus ánimos; destos que, queriendo mostrar a los que ellos gobiernan, a ser limitados, les hacen ser miserables. Destos tales digo, que debía de ser el grave religioso, que con los duques salió a recibir a don Quijote.

Y volviendo la plática a don Quijote, le dijo --: Y a vos, alma de cántaro, ¿quién os ha encajado en el cerebro que sois caballero andante, y que vencéis gigantes y prendéis malandrines? Andad en hora buena, y en tal se os diga: volved a vuestra casa, y criad vuestros hijos, si los tenéis, y curad de vuestra hacienda; y dejad de andar vagando por el mundo, papando viento, y dando que reír a cuantos os conocen y no conocen. ¿En dónde, nora tal! habéis vos hallado que hubo ni hay ahora caballeros andantes? ¿Dónde hay gigantes en España, o malandrines en la Mancha, ni Dulcineas encantadas, ni toda la caterva de las simplicidades que de vos se cuentan?

Levantado, pues, en pie don Quijote, temblando de los pies a la cabeza como azogado, con presurosa y turbada lengua, dijo:

-- El lugar donde estoy, y la presencia ante quien me hallo, y el respeto que siempre tuve y tengo al estado que vuestra merced profesa, tienen y atan las manos de mi justo enojo, y así, por lo que he dicho, como por saber que saben todos que las armas de los togados son las mismas que las de la mujer, que son la lengua, entraré con la mía en igual batalla con vuestra merced, de quien se debía esperar antes buenos consejos que infames vituperios. Si no, dígame vuesa merced, ¿por cual de las mentecaterías que en mí ha visto me condena y vitupera, y me manda que me vaya a mi casa a tener cuenta en el gobierno della, y de mi mujer y de mis hijos, sin saber si la tengo o los tengo? ¿No hay más sino a troche moche entrarse por las casas ajenas a gobernar sus dueños, y habiéndose criado algunos en la estrechez de algún pupilaje, sin haber visto más mundo que el que puede contenerse en veinte o treinta leguas de distrito, meterse de rondón a dar leyes a la caballería, y a juzgar de los caballeros andantes? Caballero soy, y caballero he de morir, si place al Altísimo. Unos van por el ancho campo de la ambición soberbia; otros por el de la adulación servil y baja, otros por el de la hipocresía engañosa, y algunos por el de la verdadera religión; pero yo, inclinado de mi estrella, voy por la angosta senda de la caballería andante, por cuyo ejercicio desprecio la hacienda, pero no la honra. Yo he satisfecho agravios, enderezado tuertos, castigado insolencias, vencido gigantes y atropellado vestiglos; yo soy enamorado, no más de porque es forzoso que los caballeros andantes lo sean; y siéndolo, no soy de los enamorados viciosos, sino de los platónicos continentas. Mis intenciones siempre las enderezo a buenos fines, que son de hacer bien a

todos, y mal a ninguno: si el que esto entiende, si el que esto obra, si el que desto trata merece ser llamado bobo, díganlo vuestras grandezas, duque y duquesa, excelentes.

-- Bien, por Dios -- dijo Sancho --, no diga más vuestra merced, señor y amo mío, en su abono; porque no hay más que decir ni más que pensar, ni más que perseverar en el mundo. Y más que negando este señor, como ha negado, que no ha habido en el mundo ni los hay caballeros andantes, ¿qué mucho que no sepa ninguna de las cosas que ha dicho?

-- Por ventura -- dijo el eclesiástico --, ¿sois vos, hermano, aquel Sancho Panza que dicen, a quien vuestro amo tiene prometida una insula?

-- Sí soy -- respondió Sancho --; y soy quien la merece tan bien como otro cualquiera; soy quien "júntate a los buenos, y serás uno dellos"; y soy yo de aquellos "no con quien naces, sino con quien paces"; y de los "quien a buen árbol se arrima, buena sombra le cobija". Yo me he arrimado a buen señor, y ha muchos meses que ando en su compañía, y he de ser otro como él, Dios queriendo; y viva él y viva yo: que ni a él le faltarán imperios que mandar, ni a mí insulas que gobernar.

-- No por cierto, Sancho amigo -- dijo a esta sazón el duque --; que yo, en nombre del señor don Quijote, os mando el gobierno de una que tengo de nones, de no pequeña calidad.

-- Híncate de rodillas, Sancho -- dijo don Quijote --, y besa los pies de su Excelencia, por la merced que te ha hecho.

Corte 3.

Es menester que Sancho, tu escudero, se dé tres mil azotes y trescientos en ambas sus valientes posaderas, al aire descubiertas, y de modo que le escuezan, le amarguen y le enfaden. Y en esto se resuelvan todos cuantos de su desgracia han sido los autores, y a esto es mi venida, mis señores.

-- Voto a tal -- dijo a esta sazón Sancho --, no dijo yo tres mil azotes; pero así me daré yo tres como tres punaladas. Válate el diablo por modo de desencantar; yo no sé qué tienen que ver mis posas con los encantos. Por Dios, que si el señor Merlín no ha hallado otra manera cómo desencantar a la señora Dulcinea del Toboso, encantada se podrá ir a la sepultura.

-- Tomaros he yo -- dijo don Quijote --, don villano, harto de ajos, y amarraros he de un árbol, desnudo como vuestra madre os parió, y no digo yo tres mil y trescientos, sino seis mil y seiscientos azotes os daré, tan bien pegados, que no se os caigan a tres mil y trescientos tirones. Y no me repliquéis palabra, que os arrancaré el alma.

Oyendo lo cual, Merlín dijo:

-- No ha de ser así, porque los azotes que ha de recibir el buen Sancho, han de ser por su voluntad, y no por fuerza, y en el tiempo que él quisiere; que no se le pone término señalado; pero permítesele que si él quisiere redimir su vejación por la mitad de este vapulamiento, puede dejar que se los dé ajena mano, aunque sea algo pesada.

-- Ni ajena ni propia, ni pesada ni por pesar -- replicó Sancho --: a mí no me ha de tocar alguna mano. ¿Parí yo, por ventura, a la señora Dulcinea del Toboso, para que paguen mis posas lo que pecaron sus ojos? El señor mi amo sí, que es parte suya; pues la llama a cada paso "mi vida, mi alma, sustento y arrimo" suyo, se puede y debe azotar por ella, y hacer todas las diligencias necesarias para su desencanto. Pero ¿azotarme yo? Abernuncio.

Corte 4.

Vistióse, en fin, y poco a poco, porques estaba molido y no podía ir mucho a mucho, se fué a la caballeriza, siguiéndole todos los que allí se hallaban, y llegándose al rucio le abrazó y le dió un

beso de paz en la frente, y no sin lágrimas en los ojos le dijo:

-- Venid vos acá, companero mío y amigo mío y conllevador de mis trabajos y miserias; cuando yo me avenía con vos, y no tenía otros pensamientos que los que me daban los cuidados de remendar vuestros aparejos, y de sustentar vuestro corpezuelo, dichasas eran mis horas, mis días y mis años; pero, después que os dejé, y me subí sobre las torres de la ambición y de la soberbia, se me han entrado por el alma adentro mil miserias, mil trabajos y cuatro mil desasosiegos. (PAUSA) Abrid camino, señores míos, y dejadme volver a mi antigua libertad: dejadme que vaya a buscar la vida pasada, para que me resucite desta muerte presente. Yo no nací para ser gobernador, ni para defender insulas ni ciudades de los enemigos que quisieran acometerlas. Mejor se me entiende a mí de arar y cavar, podar y ensarmentar las viñas, que de dar leyes, ni de defender provincias ni reinos. Bien se está San Perdo en Roma: quiero decir, que bien se está cada uno usando el oficio para que fué nacido. Mejor me está a mí una hoz en la mano, que un cetro de gobernador; más quiero hartarme de gazpachos, que estar sujeto a la miseria de un médico impertinente, que me mate de hambre; y más quiero recostarme a la sombra de una encina en el verano, y arroparme con un zamarro de dos pelos en el invierno en mi libertad, que acostarme con la sujeción del gobierno entre sábanas de holandesa, y vestirme de martas cebollinas. Vuesas merced se queden con Dios, y digan al duque, mi señor, que desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano; quiero decir, que sin blanca entré en este gobierno, y sin ella salgo; bien al revés de como suelen salir los gobernadores de otras insulas. Cada oveja con su pareja, y nadie tienda más la pierna de cuanto le fuere larga la sábana.

Corte 5.

Agradeció el de la Blanca Luna con corteses y discretas razones al visorrey la licencia que se les daba, y don Quijote hizo lo mismo; el cual, encomendándose al cielo de todo corazón, y a su Dulcinea (como tenía de costumbre al comenzar de las batallas que se le ofrecían), tornó a tomar otro poco más del campo, porque vió que su contrario hacía lo mismo, y sin tocar trompeta ni otro instrumento bélico que les diese señal de arremeter, volvieron entrambos a un mismo punto las riendas a sus caballos; y como era más ligero el de la Blanca Luna, llegó don Quijote a dos tercios andados de la carrera, y allí le encontró con tan poderosa fuerza, sin tocarle con la lanza, que la levanto al parecer de propósito, que dió con Rocinante y con don Quijote por el suelo una peligrosa caída. Fué luego sobre él, y poniéndole la lanza sobre la visera, le dijo: -- Vencido sois, caballero, y aun muerto si no confesáis las condiciones de nuestro desafío.

Don Quijote, molido y aturdido, sin alzarse la visera, como si hablara dentro de una tumba, con voz debilitada y enferma, dijo: -- Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo, y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad. Aprieta, caballero, la lanza, y quitame la vida, pues me has quitado la honra.

--- Eso no haré yo, por cierto -- dijo el de la Blanca Luna --: viva, viva en su entereza la fama de la hermosura de la señora Dulcinea del Toboso; que sólo me contento con que el gran don Quijote se retire a su lugar un año, o hasta el tiempo que por mí le fuere mandado, como concertamos antes de entrar en esta batalla.

Todo esto oyeron el visorrey y don Antonio con otros muchos que allí estaban, y oyeron asimismo que don Quijote respondió que como no le pidiese cosa que fuese en perjuicio de Dulcinea, todo lo demás cumpliría como caballero puntual y verdadero.

Sancho, todo triste, todo apesarado, no sabía qué decir ni qué hacerse. Parecíale que todo aquel suceso pasaba en sueños, y que toda aquella máquina era cosa de encantamento. Veía a su señor rendido y obligado a no tomar armas en un año. Imaginaba la luz de la

gloria de sus hazafías escurecida, las esperanzas de sus nuevas promesas deshechas, como se deshace el humo con el viento. Temía si quedaría o no contrechado Rocinante, o deslocado su amo; que no fuera poca ventura si deslocado quedara.

Corte 6.

-- ¡Oh alma endurecida! ¡Oh escudero sin piedad! ¡Oh pan mal empleado, y mercedes mal consideradas las que te he hecho y pienso hacerte! Por mí te has visto gobernador, y por mí te ves con esperanzas propincuas de ser conde o tener otro título equivalente, y no tardará el cumplimiento dellas más de cuanto tarde en pasar este año, que yo 'post tenebras spero lucem'. -- No entiendo eso -- replicó Sancho --; sólo entiendo que en tanto que duermo, ni tengo temor, ni esperanza, ni trabajo, ni gloria; y bien haya el que inventó el sueño, capa que cubre todos los humanos pensamientos, manjar que quita la hambre, agua que ahuyenta la sed, fuego que calienta el frío, frío que templar el ardor, y finalmente, moneda general con que todas las cosas se compran, balanza y peso que iguala al pastor con el rey, y al simple con el discreto. Sola una cosa tiene mala el sueño, según he oído decir, y es que se parece a la muerte, pues de un dormido a un muerto hay muy poca diferencia.

(Transición)

De punto en punto iba creciendo el ruido y llegándose cerca a los dos temerosos: a lo menos al uno, que al otro ya se sabe su valentía. Es, pues, el caso, que llevaban unos hombres a vender a una feria más de seiscientos puercos, con los cuales caminaban a aquellas horas, y era tanto el ruido que llevaban y el gruñir y el bufar, que ensordecieron los oídos de don Quijote y de Sancho, que no advirtieron lo que ser podía. Llegó de tropel la extendida y gruñidora piara, y sin tener respeto a la autoridad de don Quijote ni a la de Sancho, pasaron por cima de los dos, deshaciendo las trincheras de Sancho, y derribando no sólo a don Quijote, sino llevando por anadidura a Rocinante. El tropel, el gruñir, la presteza con que llegaron los animales inmundos, puso en confusión y por el suelo a la albarda, a las armas, al rucio, a Rocinante, a Sancho y a don Quijote. Levantóse Sancho como mejor pudo, y pidió a su amo la espada, diciéndole que quería matar media docena de aquellos señores y descomedidos puercos; que ya había conocido que lo eran. Don Quijote le dijo: -- Déjalos estar, amigo, que esta afrenta es pena de mi pecado, y justo castigo del cielo es, que a un caballero andante vencido le coman adivas, y le piquen avispas, y le hollen puercos. -- También debe de ser castigo del cielo -- respondió Sancho --, que a los escuderos de los caballeros vencidos los puncen moscas, los coman piojos, y les embista la hambre. Si los escuderos fuéramos hijos de los caballeros a quien servimos, o parientes suyos muy cercanos, no fuera mucho que nos alcanzara la pena de sus culpas hasta la cuarta generación. Pero, qué tienen que ver los Panzas con los Quijotes? Ahora bien, tornémonos a acomodar, y durmamos lo poco que queda de la noche, y amanecerá Dios y medraremos. -- Duerme tu, Sancho -- respondió don Quijote --, que naciste para dormir; que yo que nací para velar, en el tiempo que falta de aquí al día daré rienda a mis pensamientos, y los desfogaré en un madrigalete, que sin que tú lo sepas anoche compuse en la memoria.

Corte 7.

-- Bendito sea el poderoso Dios, que tanto bien me ha hecho. En fin, sus misericordias no tienen límite, ni las abrevian ni impiden los pecados de los hombres! Yo tengo juicio ya libre y claro sin las sombras caliginosas de la ignorancia, que sobre él me pusieron mi amarga y continua leyenda de los detestables libros de las caballerías. Yo me siento, sobrina, a punto de muerte; querría hacerla de tal modo que diese a entender que no había sido mi vida tan mala, que dejase renombre de loco; que puesto que lo he sido, no querría confirmar esta verdad en mi muerte. Llámame, amiga, a mis buenos amigos: al cura, el bachiller

Sansón Carrasco, y a maese Nicolás el barbero, que quiero confesarme y hacer mi testamento.

Pero de este trabajo se excusó la sobrina con la entrada de los tres. Apenas los vió don Quijote cuando dijo:

-- Dadme albricias, buenos señores, de que ya yo no soy don Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano, a quien mis costumbres me dieron renombre de Bueno. Ya soy enemigo de Amadís de Gaula y de toda la infinita caterva de su linaje; ya me son odiosas todas las historias profanas de la andante caballería; ya conozco mi necedad, y el peligro en que me pusieron haberlas leído; ya por misericordia de Dios, escarmentando en cabeza propia, las abomino.

Miráronse unos a otros, admirados de las razones de don Quijote, y aunque en duda, le quisieron creer; y una de las señales por donde conjeturaron se moría fué el haber vuelto con tanta facilidad de loco a cuerdo. Hizo salir la gente el cura, y quedóse sólo con él y confesóle.

El bachiller fué por el escribano, y de allí a poco volvió con él y con Sancho Panza; el cual Sancho (que ya sabía por nuevas del bachiller en qué estado estaba su señor), hallando a la ama y a la sobrina llorosas, comenzó a hacer pucheros y a derramar lágrimas.

Acabóse la confesión, y salió el cura diciendo: -- Verdaderamente se muere y verdaderamente está cuerdo Alonson Quijano el Bueno; bien podemos entrar para que haga su testamento.

Estas nuevas dieron un terrible empujón a los ojos preñados de ama, sobrina y de Sancho Panza, su buen escudero, de tal manera, que los hizo reventar las lágrimas de los ojos, y mil profundos suspiros del pecho; porque verdaderamente, como alguna vez se ha dicho, en tanto que don Quijote fué Alonso Quijano el Bueno a secas, y en tanto que fué don Quijote de la Mancha, fué siempre de apacible condición y de agradable trato, y por esto no sólo era bien querido de los de su casa, sino de todos cuantos le conocían. Entró el escribano con los demás, y después de haber hecho la cabeza del testamento, y ordenado su alma don Quijote, con todas aquellas circunstancias cristianas que se requieren, llegando a las mandas, dijo: -- Item, es mi voluntad que de ciertos dineros que Sancho Panza, a quien en mi locura hice mi escudero, tiene, que porque ha habido entre él y mí ciertas cuentas, y dares y tomares, quiero que no se le haga

cargo dellos, ni se le pida cuenta alguna, sino, que si sobrare alguno después de haberse pagado de lo que le debo, el restante sea suyo, que será bien poco, y buen provecho le haga; y si como estando yo loco fui parte para darle el gobierno de la insula, pudiera agora, estando cuerdo darle el de un reino, se le diera, porque la sencillez de su condición y fidelidad de su trato lo merce -- . Y volviéndose a Sancho, le dijo --: Perdóname, amigo, de la ocasión que te he dado de parecer loco como yo, haciéndote caer en el error en que yo he caído de que hubo y hay caballeros andantes en el mundo.

-- ¡Ay! -- respondió Sancho llorando --: no se muera vuesa merced, señor mío, sino tome mi consejo y viva muchos años; porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir sin más ni más, sin que nadie le mate, ni otras manos le acaben que las de la melancolía. Mire, no sea perezoso, sino levántese de esa cama, y vámonos al campo vestidos de pastores, como tenemos concertado; quizá tras de alguna mata hallaremos a la señora doña Dulcinea desencantada, que no haya más que ver. Si es que se muere de pesar por verse vencido, écheme a mí la culpa, diciendo que por haber yo cinchado mal a Rocinante le derribaron; cuanto más que vuesa merced habrá visto en sus libros de caballerías ser cosa ordinaria derribarse unos caballeros a otros, y el que es vencido hoy, ser vencedor mañana.

-- Así es -- dijo Sansón --, y el buen Sancho Panza está muy en la verdad destos casos.

-- Señores -- dijo don Quijote --, vámonos poco a poco, pues ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogano. Yo fui loco, y ya soy cuerdo; fui don Quijote de la Mancha, y soy ahora, como he dicho, Alonso Quijano el Bueno. Pueda con vuestas mercedes mi arrepentimiento y mi verdad volverme a la estimación que de mí se tenía, y prosiga adelante el señor escribano.

En fin, llegó el último de don Quijote, después de recibidos todos los sacramentos, y después de haber abominado con muchas y eficaces razones de los libros de caballerías. Hallóse el escribano presente, y dijo que nunca había leído en ningún libro de caballerías que algún caballero andante hubiese muerto en su lecho tan sosegadamente y tan cristiano como don Quijote, el cual, entre compasiones y lágrimas de los que allí se hallaron, dió su espíritu: quiero decir que se murió.

FOLKWAYS RECORDS

*** The World's Leading Producer of AUTHENTIC FOLK MUSIC on Records ***